

mes parens... frere... tout ce qui est jouissance, cœur et souvenir constant, que pour une fois que tu laisses de m'écrire me voici tout derouté et toate en peine.

Mais d'autre part mon Alexandre bien aimé, je ne comprend que trop bien tes tristesses... Merci dont au fond de l'ame pour tes lettres d'hier, merci pour l'expression passionnée de ton affection, c'est plus que je ne merite, et j'en te seroit toujours reconnaissant...

## XXXIX.

Al retirarse el abogado Brasca del Tribunal habia ya previsto la derrota del Pretendiente español, y no hacia mas que seguir los acuerdos que se habian tomado en la junta que cada dia se celebraba en Milan, para dirigir los trabajos carlistas ante el Jurado.

En vista del buen cariz que habia tomado la causa para Boet se cambió de plan, y derminaron dejar solos á los abogados defensores del acusado, y una vez terminada la vista, acudir en casacion pidiendo la nulidad de los debates por ilegalidades cometidas durante ellos. Hacian consistir estas ilegalidades en haber proseguido la causa despues del incidente de Brasca y Erdavide, en que éste indicó tan claramente que los agentes de don Carlos intentaron corromperlo, en viéndolo á casa de Brasca. Segun se recordará, los abogados de don Carlos querian que entonces se suspendiesen las sesiones, se anulase lo hecho en ellas, se volviese á Boet á la cárcel, y algunos meses despues se convocase otro jurado para oír y fallar la causa. Con este objeto Brasca entabló contra Erdavide una causa por injuria y calumnia.

Proponíanse tambien fundar la acusacion en que siendo la causa puramente criminal, se la habia dejado volverse política, y el público habia tomado la parte de Boet, por odio á don Carlos, y en las sesiones influía en el ánimo de los jurados por medio de señales de aprobacion y desaprobacion, que les impedían entender y juzgar con toda libertad é imparcialidad.

Los abogados de D. Carlos sabian que este recurso de casacion no podría dar resultado positivo por tres razones: 1.ª Porque al tomarse de nuevo declaracion á Erdavide sobre la tentativa de corromperlo, éste se

explicó en términos tan claros, precisos y al mismo tiempo hábiles, que aunque la tentativa quedase manifiesta, era moral, no material; lo que impedía que la causa por injuria y calumnia pudiese pasar adelante. 2.ª No era posible que un tribunal de apelacion tomase en serio la presion de los liberales sobre los jurados, porque no resultaba de los hechos ningun acto que la confirmase; pues el mismo Presidente de los debates, á pesar de su parcialidad manifiesta, solo una vez habia hecho evacuar la sala y las tribunas.

Finalmente, cualquiera que fuese la sentencia del Tribunal, nunca ésta podía alterar el veredicto del Jurado, si era favorable á Boet; porque contra las declaraciones de culpabilidad de un Jurado hay siempre apelacion; pero nunca contra las declaraciones de inocencia. Si, pues, Boet quedaba absuelto, no podría jamás hacersele comparecer ante un nuevo Jurado. Tal era la tercera razon.

Sabian perfectamente todo esto los consejeros de don Carlos; y á pesar de ello resolvieron pedir la nulidad como último, necesario é indispensable recurso.

Reconocieron todos los inconvenientes que tenía, en caso de que esto diese buen resultado, no poder llevar de nuevo á Boet ante otro Jurado mas dócil ó corruptible; pero se dieron por contentos esperando que podría darles un triunfo moral, y no solo se contentaban con esto, sino que discurriéndolo bien hallaban que era superior, porque demostraria no solo la culpabilidad de Boet, sino que los liberales habian hecho tal presion sobre los jurados ó habian corrompido á estos de tal modo, que siendo Boet culpable, se habian visto obligados á declararle inocente.

Tal fué el punto de vista de los carlistas, y nadie negará que fuese hábil y de mucho alcance.

Brasca pidió en seguida la nulidad de los debates, é impulsó la causa contra Erdavide ante el Tribunal correccional de Milan. Así aunque los partidos legitimistas recibieron un gran golpe; aunque conocieron por los cantos de victoria de los liberales y por las censuras de las personas honradas y sin partido, que no restañarian la herida, se contuvieron, impidieron los lamentos y la desbandada de los suyos, y dieron á entender que todavía habia esperanzas.

La expectativa fué tan grande, que habiendo el

sacerdote Erdavide ido á Navarra para ver á sus padres y hermanos, fué recibido del modo mas hostil; el clero le volvió la espalda, hasta impedirle que dijera misa; y lo que es mas cruel, la misma familia de Erdavide le cerró las puertas de su casa y se fué á otra parte, y un hermano del sacerdote llegó á decir públicamente que su hermano habia mentido en el proceso de Milan, cuando le constaba, por las cartas que su padre habia recibido de casa de don Carlos, que se habia tratado de corromper al sacerdote, sirviéndose de su misma familia por medio de aquella amenaza que Lorenzo hizo á la hermapa de Erdavide, de que no se casaria con ella si el cura no se ponía de parte de don Carlos y contra Boet.

En este exceso hay tambien una particularidad que conviene saber. La familia de Erdavide depende del conde del Valle, á quien debe muchos favores, y de quien puede recibir grandes disgustos. El conde es carlista fanático, y durante la sustanciacion del proceso, trabajó febrilmente contra Boet, valiéndose de diversos medios para destruirle. El resultado de los debates sacó de quicio al conde del Valle, quien cobró un odio feroz contra Erdavide, sobre todo por no haberle podido convencer, teniendo tanta influencia y dominio sobre su familia.

La publicacion de la *Carta de Boet*, dando á luz los papeles secretos, contrarió algo los trabajos de los abogados carlistas, quienes no esperaban una revelacion de aquel género. La vasta publicidad de este documento impresionó hondamente á todas las personas de criterio, las cuales acabaron de ver toda la inmundicia del proceso del Toison. Ya no podia dudarse despues de aquella lectura, de que Retamero fuese un testigo corrompido por don Carlos, y que el agente de éste, conde de Bourgade, se hubiese servido de los medios mas infames para que el Jurado declarase culpable á Boet é inocente á don Carlos.

Entre los carlistas acabó de producirse el desencanto, bien que todavía hubo cándidos que imaginaron que Retamero y el conde de Bourgade negarian la autenticidad de las cartas que se les atribuian. Pero al ver su silencio, se desengañaron y acabaron de quedar convencidos de que don Carlos era tal como se habia asegurado.

Lo que se extrañó tambien es el silencio guarda-

do por el ministro de Justicia de Italia, quien, á pesar de haber tenido conocimiento de la publicacion de los papeles secretos, y de saber que los originales se hallaban en manos del abogado Ronchetti, no ordenó una informacion judicial para proceder contra los magistrados que allí resultaban comprometidos. Quien conozca á Italia no lo extrañará, pues la vanidad nacional se sublevó contra aquellas pruebas de corrupcion, y no hubo un solo periódico que se atreviese á copiarlas y á reclamar el castigo de los hombres de la Audiencia que así faltaron á su deber en beneficio del príncipe del derecho divino.

Sin embargo, se creyó necesario por parte de don Carlos contestar indirectamente á las revelaciones de la *Carta de Boet*, y Brasca en el *Observatore Catolico* lo hizo, queriendo insinuar que los Jurados y el Presidente Paribelli habian sido comprados por el gobierno español. La gente se rió de semejante simpleza, porque Brasca ni la habilidad tuvo de dar alguna verosimilitud á sus escritos, salvando la responsabilidad de Paribelli que tan manifiestamente parcial habia sido para don Carlos.

Al mismo tiempo los abogados y agentes carlistas de Italia trabajaban para ganar la apelacion que habian presentado. Fué esta al Tribunal de Casacion de Turin, compuesto de hombres maduros y moderados. Echóse mano de todas las influencias para obtener un fallo favorable, llegándose á alegar privadamente que podía este darse sin escrúpulo, una vez que no implicaría la condena de Boet. Solo los magistrados podrian decir las tentativas de corrupcion y seducccion que los carlistas hicieron para atraérselos.

La prensa liberal habia ya examinado aquel recurso, declarándole uno de los más disparatados y desesperados que podian imaginarse, pues ninguna ley lo permitia. Esto era ya un freno, si en el Tribunal habia algun débil que no fuese bastante capaz de resistir á los esfuerzos de aquella intriga. Pero la publicacion de los papeles secretos fué otro freno no ménos poderoso. Una falta legal hubiera en seguida tenido una explicacion justa.

No pasó así; y el dia 17 de Noviembre del año de 1871 el Tribunal declaró inadmisibile la demanda de don Carlos de Borbon, y condenó á éste á perder

el depósito, como multa por su temeridad, y á pagar los gastos. La derrota era completa. El pretendiente quedaba aplastado y sin defensa. La magistratura declaraba solemnemente que los debates del Toison habian sido legales y libres, y que estaba bien dado el fallo del Jurado.

Supúsose entónces que Boet entablaría contra don Cárlos una causa de daños y perjuicios, y se habló de ello en muchos diarios de Europa; pero hasta ahora se ignora que lo haya hecho.

## XL.

La causa del Toison encierra una gran enseñanza moral y política que todos los pueblos debieran meditar y aprovechar. La Audiencia de Milan puso de manifiesto, bien á pesar suyo, lo que son, lo que valen y de todo lo que son capaces ciertos hombres que, atribuyéndose un origen superior á los demás, tratan al género humano y á los pueblos como un patrimonio que les pertenece.

Estos hombres son la flor de la corrupcion; son la esencia de la vanidad y del orgullo; son el prototipo de la vileza; y á pesar de esto quieren reinar y gobernar en el mundo, que si tiene faltas, posee cualidades y virtudes de que ellos son incapaces.

No se distinguen por el talento, por la instruccion, ni por la laboriosidad; al contrario, la mayor parte son nulos; por el entendimiento, algunos no llegan á medianías, y apenas poseen los más elementales conocimientos del saber humano; todo lo cual no les impide creerse superiores al talento y hasta á los mismos hombres de genio, y tratarlos con un aire de proteccion insultante.

Sin embargo, tal es todavía el fanatismo de la sociedad; tales son las preocupaciones aún existentes entre los hombres, que hay millones de personas que lo encuentran muy natural, y que se arrodillan ante aquellos ídolos odiosos y grotescos.

¿Qué dimana de esto?

Sucesos como los del Toison.

El hombre que se cree por derecho de nacimiento más que toda la sociedad, no la respeta ni puede respetarla, y trata á los demás hombres como instrumentos de su opulencia, de su concupiscencia, de

su voluptuosidad y libertinaje. Entiende que la moral no ha sido hecha para él, sino para los demás, y prescinde de ella, todo declarándose representante suyo.

No se crea que sea un caso aislado la causa del Toison, ni que sea don Cárlos el único hombre de su clase que haya cometido cosas análogas, ó sea capaz de cometerlas. Ha habido antes, contemporáneamente y despues, muchos casos como los del Toison, y muchos hombres de parecido linaje culpables de semejantes infamias.

¿Cuándo se avergonzará, pues, la humanidad de la idolatría política que da lugar á estos excesos, tan vergonzosos para ella? Lo ignoramos. Pero el fanatismo y la preocupacion políticas son todavía tan grandes y tan generales, que no es posible aún prever el día en que cesen.

## XLI.

## BIOGRAFÍA DE DON CARLOS GONZALEZ BOET.

Cárlos Gonzalez Boet, conocido generalmente por Boet, nació en Burges, hácia el año 1840. Su padre era manchego; habia servido en las filas carlistas de Cataluña, donde fué comandante; y no habiéndose sometido al convenio de Vergara, emigró á Francia. Reconoció despues al gobierno de Isabel II, allá por el 43; regresó á España, y fué á establecerse primero en Barcelona y despues en Mataró, de donde su esposa era natural, ó donde tenia su familia. Estos parientes, que pertenecen á la clase media acomodada de dicha ciudad, eran moderados; lo cual no constituía gran diferencia de opiniones entre ellos y el manchego, porque sabido es que los moderados eran una especie de carlistas de doña Isabel de Borbon.

Así, pues, Boet mamó desde su más tierna infancia la leche del carlismo en el hogar paterno, y poco despues acabó de inuirse con las ideas moderadas de sus parientes maternos. A los siete ú ocho años, un tio suyo jesuita lo sacó de su familia para encerrarlo en el colegio de jesuitas de Niza, donde lo guardó cuidadosamente del espíritu del siglo. A los doce ó catorce años regresó el niño á Mataró, ha-

blando italiano, como un hijo de Toscana, y no sabiendo una palabra de catalan. Estudió poco tiempo en la Escuela Pia, y antes que hubiese recobrado el uso de aquella lengua, entró en la Academia de infantería de Toledo, con objeto de seguir la carrera militar. Así Boet perdió el habla catalana, que actualmente solo comprende y lee; y se olvidó del italiano, que le hubiera hecho buenos servicios en el Jurado de Milan.

Los cursos del alumno de la Academia militar fueron más sólidos que brillantes; porque el chico más bien se distinguía por la atencion, aplicacion y profundidad, que por la facilidad y la fantasía. Allí entre la alegre, ligera y descreída turba de cadetes perdió el barniz religioso que habia tomado en su familia y en el convento de jesuitas de Niza, y adquirió el espíritu que tiene hoy; un intermedio de indiferencia y excecicismo, contenido por cierto respeto íntimo, que parece dimanar, más bien de la influencia de su infancia, que de la educacion y respeto sociales.

A los diez y ocho ó diez y nueve años salió de la Academia con el grado de alférez, y fué destinado á un regimiento de infantería, que se hallaba de guarnicion en Barcelona, pero deseoso de ampliar sus conocimientos, resolvió entrar en la Escuela de Estado Mayor, y aprovechó las horas de ocio para hacer los estudios preparatorios. Faltaba en Cuba oficialidad; hízose un sorteo entre la de la Península, y tocó un mal número á Boet, que recibió orden de partir para las Antillas con otros infortunados. Renunció, pues, á la Escuela de Estado Mayor, y se fué resignado á la tierra del vómito negro, donde llegó con el grado de teniente.

La oficialidad de Cuba vivía alegremente; la vida militar era un vértigo de placeres, aventuras, líos y travesuras; se estaba allí como en país conquistado y se gozaba irreflexiblemente de la abundancia y regalo del clima. El juego y las mujeres eran el objetivo de todos los militares. Boet, que no tenia más que veinte años, quedó deslumbrado; jugó, ganó, perdió, no pudo pagar, y quedó sujeto á descuento. Era esto allí nuestro pan de cada día, y los compañeros le excitaron á tomar el desquite jugando mas. Pero el jovencito habia abierto los ojos, y conocien-

do que no era hombre para tales costumbres, tiró los naipes, y nunca más se ocupó de juego.

Así es que, al poco tiempo de estar en Cuba quedó Boet sujeto á descuento de paga; pero aquella fué la primera y única vez, á pesar de haber vivido allí hasta últimos de 1874, es decir, unos 13 ó 14 años.

El jóven se aisló de sus compañeros, y echando sus cuentas, se dijo que en su carrera se ganaban los ascensos por intriga, ó por mérito, y que no reconociéndose él carácter de intrigante, necesitaba adquirir los atributos del inteligente. Entonces buscó libros, y empezó á estudiar á fondo su arte en todas sus fases, como la administracion, la táctica y la estrategia; añadió la historia, y la literatura española; y de este modo fué adquiriendo un conocimiento profundo de la ciencia militar, una especie de gusto seguro en letras, un concepto vago, pero bien dirigido, en bellas artes, y una elevacion y generalidad de ideas, muy raras en los militares. No se ocupó de política; se olvidó de los principios de su padre, y tenia al carlismo por impropio de la época.

Llegada la guerra de Méjico, formó parte de la division del general Prim, y al regreso le fué dada la cruz de *Isabel la Católica*. Apenas estalló la guerra de Santo Domingo, pidió licencia para pasar á esta isla; y aunque se la negaron, á fuerza de ruegos y empeños la obtuvo. Allí se distinguió en varios combates, batiéndose con gran denuedo, y prestó muchos otros servicios de guerra. Un día habia de pasar un convoy por unos espesos bosques que el enemigo ocupaba, y los oficiales á quienes tocaba mandar el destacamento se excusaban de ir, alegando cada uno que no le correspondia. Irritado Boet de estas disputas, las interrumpe diciendo que ya irá él, aunque todos saben que no le toca; y sin esperar la respuesta, se pone á la cabeza de la gente, avanza, descubre al enemigo, lo ataca á la bayoneta, lo abuyenta, y salva el convoy.

Pero una bala le atraviesa de uno á otro costado, y lo llevan al hospital agonizando. Sintieronlo mucho los demás oficiales, considerando que el moribundo habia hecho por pura abnegacion aquel peligroso servicio; y el general, que no lo sintió menos, le concedió en seguida el ascenso de capitán, á fin de que al menos se le enterrase con los honores fúne-

bres de tal grado. Sin embargo, Boet no se moría, á pesar de asegurar cada día los médicos que era inútil curarlo, porque no tenía seis horas de vida, y de seis horas en seis horas, al cabo de veinte ó treinta días, volvió en sí, y se halló vivo y con el grado de capitán. Apenas restablecido, cogió las calenturas malignas de la tierra; y como no quiso dejar el servicio, cayó de tal modo enfermo, que al evacuarse la isla fué embarcado sin esperanzas de que llegase vivo á Cuba. A pesar de esto, se salvó, y con el cambio de clima acabó de curarse.

Boet tenía muy buen nombre entre sus camaradas. Su vida correcta y estudiosa, su carácter atento y bueno, sus triunfos de Academia de Cuerpo, su comportamiento en campaña y su merecido ascenso le habían dado un prestigio superior á sus años y graduación. El jóven se hizo todavía más querido con algunos rasgos de generosidad, de los cuales dos al menos merecen conocerse.

Un día un capitán amigo suyo, apremiado por deudas de juego, desfalcó en cuatrocientos duros la caja del batallón, y viéndose en peligro de ser descubierto, buscó angustiosamente aquella suma. Un comerciante se la ofreció con la condición de que Boet respondiese de ella. Este no vaciló en hacerlo, y su amigo quedó salvado. Por desgracia éste murió antes de pagarla, y Boet cumplió por él, devolviendo el dinero por partes, según la serie de recibos que tiene del prestador. Otro amigo suyo, engolfado también en juegos y mujeres, cometió un desliz de tres mil duros, durante el año que fué habilitado, y ya estaba á pique de ser preso, cuando Boet se dió en buscar fondos por la ciudad, y venciendo grandes dificultades, pudo hallarlos. El habilitado salvó así su honra y carrera; pagó la cantidad á los que se la habían prestado, y ocupa hoy en día una buena posición en nuestro ejército. Algunas de sus cartas, están henchidas de amor y agradecimiento por Boet.

Estas condiciones de inteligencia y carácter habían llamado la atención de los superiores inmediatos, que empezaron á estimarlo como hombre de confianza en todos conceptos. Cuando era teniente, el coronel del regimiento de Nápoles lo nombró secretario suyo; y habiendo pasado después como capitán al regimiento de Cuba, que se hallaba en Santiago

del mismo nombre, el nuevo coronel le dió el mismo destino. Así Boet se halló dos veces al frente de las oficinas, desempeñando cargos de gran confianza. En esto vacó el empleo de habilitado del cuerpo de Salvaguardias de la Habana, y como era un destino de mucha responsabilidad, por la gran riqueza del cuerpo, no se concedía sino á personas de posición, ó de reputación muy acendrada. Boet no tenía bienes, ni respondientes, pero tenía fama de ser íntegro, y recibió el nombramiento de ayudante y habilitado de aquel cuerpo, por lo cual pasó á la Habana, donde lo desempeñó dos años con todo lucimiento.

Poco después fundó, en compañía de un amigo suyo, *La Revista Militar*, de la cual fué director y asiduo redactor. Sus trabajos llamaron en seguida la atención del ejército, mereciendo verdaderamente esta distinción. Boet se reveló allí escritor militar de mucho mérito, tanto por la solidez y novedad del fondo, como por la claridad y viveza de la forma, y una especie de personalidad, que sobresale de toda ella. Con algunos estudios literarios más hubiera adquirido lo que se llama en arte un estilo propio; que es la cualidad más difícil del escritor.

Su empleo y escritos lo pusieron en seguida en relación con la más brillante sociedad de la Habana. Boet era amigo de los escritores y periodistas más notables, de los oficiales más distinguidos y de los jóvenes más á la moda; frecuentaba los salones de la aristocracia, y llevaba una vida estudiosa y elegante: su carácter fino y atento, su aspecto agradable y su amena conversación, le granjeaban las simpatías ó la amistad de cuantos le trataban. ¿Contrajo entonces deudas para hacer frente á los gastos que su sueldo no pudiese cubrir? Sería muy posible. Pero las deudas no pertenecen al dominio público, sino cuando dan lugar á causa criminal; y como Boet nunca fué procesado por deudas, ni defraudó la caja que tenía á su cuidado, ni siquiera hubo de ser puesto á descuento, no nos corresponde ocuparnos de aquel asunto. Por aquel tiempo Boet se casó con doña América Habrez, cubana, de la cual ha tenido tres hijos varones.

En esto cayó Isabel II, y empezaron los movimientos insurreccionales de Cuba. Boet quedó muy sorprendido de aquel acontecimiento; pero como nun-

ca se había cuidado de política, no se preocupó de ello. Mucho más se interesó por los sucesos de la isla, que desde el principio creyó de suma gravedad. El general Lersundi formó un cuerpo franco de gente escogida, y dió el cargo de instruirla y mandarla á Boet. Por fin estalló la guerra, y Boet salió á campaña. La llegada del general Dulce, la caída de éste y el mando interino del general conde de Valmaseda, embravecieron á los dos bandos. La guerra empezó sin cuartel por una y otra parte. Los insurrectos quemaban ingenios, campos y aldeas; mataban á machetazos á los prisioneros, y como irrisión, les cortaban inhumanamente el sexo; los peninsulares pasaban por las armas á los prisioneros y conspiradores. La lucha era delirante.

El conde de Valmaseda, que era hábil y de conciencia fría, entusiasmó á los peninsulares, dando las órdenes y bandos más rigurosos é implacables. Pero conoció que no sostendría su posición sino triunfando de los sublevados; y como sabía que la naturaleza no le había dotado de condiciones militares, buscó quien le dirigiese, y escogió á Boet, cuya aptitud ya había discernido años atrás. Encomendóle varias operaciones importantes, pidióle idea y plan de otras, preguntóle por los jefes más idóneos, consultóle algunos proyectos, le encargó escribir varios artículos sobre el estado de la isla; y de este modo pareció que daba una gran dirección á la guerra. Pronto se supo en el ejército la participación de Boet en el plan de operaciones; y apenas había jefe, empezando por Martínez Campos, que no fuese á consultarle, ó recomendarle las expediciones que ideaba.

Más de trescientos números de los más importantes diarios de Cuba, se han tenido á la vista para escribir estos párrafos, y no sería posible resumir en breves líneas el caso que en la isla se hacía de Boet.

Había llegado á comandante, y que como tal mandaba un cuerpo de caballería volante escogidísimo. En aquella terrible é implacable guerra desplegó una prudencia y astucia tan grandes, un valor y una audacia tan bien preparadas, un conocimiento tan cabal del territorio y de las costumbres del país, una actividad y rapidez tan oportunas y fulminantes, que en breve fué el espanto, fué el terror, fué el asombro de los insurrectos. Es necesario leer los periódicos

de Cuba para conocer toda la importancia de sus golpes y el frenético entusiasmo que encendían en los peninsulares.

A pesar de las sangrientas represalias que había y de las órdenes de exterminio, Boet fusilaba los menos prisioneros que podía, escogiendo de preferencia á los cabecillas. Aunque no hacía más que cumplir lo que le mandaban, le repugnaba mucho. Las mujeres cubanas tomaban parte en la insurrección, y no solo eran las más entusiastas, sino las más intrépidas conspiradoras y las más crueles y sanguinarias consejeras. Alguna vez se vió obligado á fusilar algunas, lo cual ocurrió también á otros jefes. Un ejemplo dará idea de como atenuaba la severidad de las órdenes. Sorprendió una gran partida de insurrectos á una compañía de tropa, la hizo prisionera, la mató á machetazos, y cortó el sexo á los cadáveres. Consternado Valmaseda por este descalabro, ruega á Boet, que acababa de llegar de una expedición, que salga otra vez y busque á aquella partida, y le ordena ahorcar á todos los prisioneros que haga. Boet sale, y pocas horas después toda la partida había caído en sus manos. Pero en vez de ahorcarlos á todos, que eran más de cien, hace revocar la orden al conde de Valmaseda, y ejecuta tan solo ocho.

## XLII.

En la Península el general Prim estaba sorprendido de la popularidad de Valmaseda, sobre cuya aptitud política y militar no se hacía ninguna ilusión, y envió de capitán general de Cuba á Caballero de Roda, con el encargo preciso de hundirle y hacerlo regresar á España. Apenas llegó á la isla el nuevo capitán general, supo que Boet era la cabeza y el brazo de Valmaseda; y procesándolo en seguida por el fusilamiento de unos conspiradores y conspiradoras cogidos infraganti, envió á campaña á Valmaseda, para que se estrellase.

Al principio Valmaseda defendió á su consejero y auxiliar; pero cansado de que se digera en la capitán general y en todas partes que le debía todo su prestigio y su segundo entorchado, le abandonó para demostrar que no lo había necesitado. Boet le acusó entonces de ingratitude, y empezó á criticarle san-

griente é implacablemente. Así la antigua amistad se cambió en mútua antipatía, en ódio. El descontento de los peninsulares obligó al gobierno de Madrid á relevar á Caballero de Roda, y devolver el mando á Valmaseda, quien dejó continuar la causa que se había formado á Boet, y aún se dice que hizo y dijo algo más. Irritado Boet, llama á su defensor, que era Martínez Campos, y le muestra una antigua carta de Valmaseda que le ponía á cubierto de toda responsabilidad por aquellos y otros fusilamientos. Quedó Martínez Campos estupefacto de la actitud actual de Valmaseda; sacó copia de la carta, y dió la causa por ganada.

No se equivocó. Boet fué absuelto, incorporado otra vez, y destinado con mando superior al departamento central, ó sea á Puerto Príncipe. Antes de partir, recibió de Martínez Campos el siguiente billete, que copiamos del original: «Querido Boet: El general (Valmaseda) me dijo que ya estaba Vd. destinado al Rey; que Puerto Príncipe necesitaba jefes que supieran hacer la guerra, y por lo tanto no me concedió que viniese Vd. á mis órdenes. Usted comprenderá cuanto lo siento, siendo Vd. tan conocedor de aquello, y que me podía servir de mucho. Allí y en todas partes puede mandar lo que guste á su afectísimo amigo—MARTINEZ CAMPOS.»

A pesar del elogio, que según dice el general Martínez Campos, hizo Valmaseda de Boet, en Cuba se dijo que lo enviaron á Puerto Príncipe, porque como no conocía este terreno, esperaban que se equivocaría y desacreditaría. Entonces el conde de Valmaseda quedó solo en la Habana, y como todo el mundo previera, en pocos días la guerra de aquella región fué un aquelarre, los peninsulares se desengañaron, y se conoció y dijo que Valmaseda no había nacido para cargos tan pesados, lo cual es histórico y público.

En el departamento de Puerto Príncipe, el señor Boet operaba á las órdenes del brigadier don Federico Salcedo. Háblele éste recibido con mucha frialdad y prevención, y no le perdía de vista un momento. Boet empezó á operar con su inteligencia habitual, y estaba muy contento de que allí no le obligasen á fusilar á los prisioneros. Así es que quebrantó mucho al enemigo, y no fusiló á nadie. En breve los in-

surrectos recibieron golpes considerables. Salcedo mostraba un estupor mezclado de admiración. Los diarios del departamento ponían en las nubes al nuevo caudillo, y las poblaciones lo aclamaban con entusiasmo.

Un día Boet dió una sorpresa tan feliz, tan penetrante y contundente al enemigo, que produjo un entusiasmo general en las poblaciones y en el ejército. Salcedo no pudo ya contenerse. Se pone á la cabeza de su gente, y con la música delante, sale al encuentro de Boet, le recibe en triunfo, le abraza llorando, y en presencia de todas las fuerzas lo arenga, y le da las gracias en nombre de España. Los peninsulares obsequian á Boet con un gran baile, y abren una suscripción pública para regalarle una espada de honor; los diarios consignan todo este delirante entusiasmo; y el mismo conde de Valmaseda, enterado de aquellas y otras operaciones, se vió obligado á telegrafiar lo siguiente desde la Habana, según el documento oficial que tenemos á la vista: «Al brigadier Salcedo: Enterado de la operación de Boet del 10 al 16 del presente. Manifiéstele V. E. que espero no desmaye en la actividad con que persigue al enemigo, y es necesaria para obtener los resultados que nos proponemos alcanzar.—VALMASEDA.»

Como se ve, muy importantes y acertados debieron ser los golpes, cuando motivaron esta contestación telegráfica de un hombre que, según se decía, odiaba profundamente al vencedor. Desde entonces Salcedo se convirtió en gran amigo y admirador de Boet, y un día le rogó que se olvidara de la repulsión con que le recibiera á su llegada, porque un *altísimo personaje de la Habana le había hecho decir que era inepto, orgulloso y delapidador*. Boet se vengó atacando violentísimamente al calumniador en varios periódicos de España, entre ellos *La Lucha* de Gerona; y su calumniador que lo supo, esperó la hora del desquite.

Entre tanto, Boet había descubierto una vasta conspiración, en la cual entraban hasta algunos pequeños comerciantes españoles de aquellos que por estar casi á merced de los insurrectos, transigían con ellos. Salcedo y Boet hicieron numerosas prisiones, y la causa presentaba un cariz muy lúgubre para los comprometidos. En vano se presentaron á Salcedo y

Boet parientes de los encausados ofreciendo miles de duros para que el crimen se encubriera. Nada desvió á los dos jefes. Entonces los parientes se dirigieron á la Habana, y ofrecieron aquellas sumas á otra persona. De repente el general Salcedo fué destituido del mando, y enviado á España, donde el gobierno de Madrid lo nombró general por sus servicios de Puerto Príncipe y el descubrimiento de la conspiración.

Apenas Boet quedó solo, los encausados llaman al fiscal, y le manifiestan que todo lo que habían declarado hasta entonces sobre la conspiración era falso; que Boet se lo había arrancado á fuerza de tormentos, y que hasta había violado á algunas prisioneras. El fiscal consulta al superior, quien le manda suspender aquella causa, tomar indagatoria á Boet, averiguar si son suyos unos artículos de *La Lucha* de Gerona, y arrestarlo. Así fué hecho. Boet lo comprendió todo, y adivinó de donde venía el golpe. Su corazón rugía; el furor le abrasaba. Cuando el primer proceso, los laborantes carlistas le habían invitado á pasarse á las filas de don Carlos, y no los escuchó, porque no simpatizaba con su causa. Ahora volvieron á la carga, le rodearon, le halagaron, despertaron sus recuerdos infantiles, excitaron sus rencores, y al fin le convencieron. Boet se escapó, tocó en los Estados Unidos, pasó á Liverpool donde comunicó su determinación á Salcedo, y á primeros de Octubre de 1873 llegaba á Estella, donde lo hicieron coronel. Apenas se supo en Puerto-Príncipe su fuga, se echaron los autos al polvo de los archivos, se puso en libertad á los presos, y no se habló más de la conspiración. El ejército de Cuba sintió vivamente la pérdida de Boet, y Martínez Campos dijo: «Esta vez se la hicieron demasiado gorda; pero á pesar de todo, no debía irse con los carlistas.»

Seis meses había que Boet se marchara del ejército regular y cinco que era coronel del carlista, cuando el 26 de Enero de 1874 el conde de Valmaseda publicó en la Habana la siguiente orden del día: «El Excmo. señor ministro de la Guerra en orden de 25 de Noviembre último, me dice: En vista de cuanto resulta del adjunto expediente, que V. E. remitió á este ministerio con carta de 30 de Julio del año pasado, instruido al comandante de infantería don Carlos Gonzalez Boet, á consecuencia de las deu-

das contraídas por el mismo, el Gobierno de la República, de conformidad con lo manifestado por el Consejo Supremo de la Guerra, ha tenido á bien resolver, que don Carlos Gonzalez Boet sea separado del servicio y relegado á la situación de retirado, con nota que le impida en todo tiempo recobrar el ejercicio de que se le priva por su INCORREGIBLE PROPENSION Á CONTRAER DEUDAS, MAL CONCEPTO, FALTA DE INTEGRIDAD Y DETESTABLE CONDUCTA COMO MILITAR.»

Copiamos íntegro este documento por encargo expreso del mismo Boet, pues si no disculpa, al menos excusa mucho su paso al carlismo. En efecto, esta orden expulsándole del ejército regular en términos tan infamantes algunos meses después que se había marchado espontáneamente del mismo ejército, demuestra que tenía enemigos poderosos que le habían jurado un ódio á muerte. En cuanto á lo de las deudas y á su ineptitud militar, los puestos de confianza que había desempeñado, sin defraudar, ni ser sometido á descuento, según oficial y públicamente consta; la falta absoluta de haber sido procesado por deudas, y sus triunfos de guerra, consignados en todos los diarios de Cuba, demuestran la fragilidad de aquellos cargos.

En efecto; dos ó tres meses después, apenas Serrano fué á levantar el sitio de Bilbao, autorizó al coronel Caballero, sobrino del de Roda, para que negociara con Boet la vuelta de este al ejército regular, á cualquier costa. Caballero, que estaba delante de las trincheras de Boet, le llamó por medio de una carta que tenemos á la vista, y después de un preámbulo, le mostró y entregó la orden que había recibido de Serrano, diciendo que este sintió mucho lo que pasara en Cuba; que no tenía la culpa de aquella orden del día insultante; que fué cosa del ministro de la Guerra de Castelar y otros militares; y que deseaba se arreglase; ofrecióle de parte de Serrano reconocerle el grado de coronel; ponerle en activo servicio donde gustase, con alguna cosa más; y añadió que si no le bastaba, pidiese lo que creyese justo. Contestó Boet que no era un veleta para cambiar de campo cada día; que no se había marchado al de don Carlos por ambición; y que agradecía al general Serrano las simpatías que le mostraba. Con esto quedaron rotas las negociaciones.